

## PATOLOGÍA DEL LENGUAJE

*Hubo un lenguaje con que defendieron los galenos sus errores de diagnóstico, de pronóstico y de tratamiento. En la primera época se usaba el griego y en la segunda época gobernó el latín.*

Oswaldo Loudet. 1977

“Patología del lenguaje” significa en la psiquiatría que puede entenderse en las perturbaciones del discurso la *manifestación* de una enfermedad cuya causa se encuentra en otro lugar: lesiones cerebrales localizadas o bien difusas. A través del lenguaje se descubre una patología que no tiene su causa en el lenguaje mismo. Es por eso que la psiquiatría se despreocupa de las investigaciones lingüísticas, puesto que las perturbaciones que estudia son las de un sistema que no es la lengua del sujeto. De otra forma, sería imposible estudiar las alteraciones de un sistema sin conocer su funcionamiento regular.

El trabajo de Loudet que citamos se llama *Anatomía y patología del lenguaje médico* y quiere predicar –dentro de la ética de la medicina– algunas reglas: el lenguaje técnico debe ser claro, preciso y transparente. Las metáforas deben ser usadas para embellecer el discurso, no para ocultar la ignorancia. Enriquecer el lenguaje con nuevos hechos y nuevas ideas, en vez de hacerlo con la producción de neologismos. En fin, los grandes médicos escribieron poco porque el “estetoscopio y el bisturí fueron sus mágicos instrumentos y con ellos pasaron a la historia”.

En todo esto se supone la función de la comunicación y la búsqueda de un reconocimiento (inventar palabras para

pasar por sabio) que se produce por el saber emitido. El lenguaje universitario queda convertido en modelo de cualquier discurso: “Nuestros grandes médicos escribieron poco; apenas tuvieron tiempo para formar discípulos. Sus lecciones orales fueron páginas vivientes” (O. Loudet).

En verdad, aunque se hable siempre de la “expresión de las ideas” se supone de que la escucha de algún otro calificado (los maestros, el diccionario) determina la normalidad de la comunicación. Si usted sabe lo que quiere decir, sabe también cómo decirlo a un otro calificado que sanciona ese saber. Pero entonces el lenguaje deja de ser “expresión”, para ser la forma en que un sujeto *se da a conocer*, y en este darse a conocer puede ser que oculte más de lo que expresa.

Si un delirante dice *cualquier cosa* estaría –dentro de esta postura– expresando una confusión, y también la imposibilidad de un control que le permita escuchar/se y por lo mismo dar/se a conocer en forma conveniente a la calificación de quien lo escucha. El lenguaje es un pacto, y se reconoce y desconoce en las alteraciones del discurso la imposibilidad (problema de las afasias) de acceder al mismo, así como la pérdida de sus fundamentos (problema de los delirios). La aparición de esta dimensión simbólica del pacto permitiría pensar que las alteraciones del discurso son algo más que la señal de una causa extralingüística.

Si hay una patología del lenguaje médico –como dice Loudet– no puede ser otra que aquella que obedece a los supuestos de la medicina sobre la patología del lenguaje y sobre el lugar del lenguaje en la patología.

Las alteraciones *materiales* del discurso (por ejemplo en las afasias, en su vertiente sintagmática y/o paradigmática) se diferencian de las alteraciones *semánticas* (delirios resonantes de excelente performance discursiva): la distancia que existe entre las afasias y los delirios abre el campo de interrogación

sobre la relación posible entre la cadena de los significantes y el registro de los efectos de sentido.

Las lesiones cerebrales que *causan* alteraciones del discurso dieron lugar a pensar que todas las alteraciones del discurso son *causadas* por lesiones cerebrales.

En algunas de las afasias la alteración del discurso es señal de una lesión cerebral, pero en otras de dudosa clasificación que aparecen en la demencia, es en el discurso donde se plantea la interrogación. Un sujeto que pierde cierta dimensión del discurso no ha regresado –como supone el evolucionismo– al estado de un niño que aún no ha terminado de articular cierta performance en relación a esa dimensión simbólica en la que se encuentra.

Hablar de una pérdida de la función del lenguaje implica alguna idea sobre el sentido de esa función: los estudios sobre las alteraciones heredaban de la antigua retórica la idea de que el afecto –las pasiones– provocaban la desorganización del lenguaje. Partiendo del lenguaje científico como paradigma, surgen las comparaciones entre la locura y el genio: en los dos casos se trata de las emociones, la diferencia se encuentra en el hecho de que el poeta puede dominarse y el enfermo responde a sus automatismos.

Entre nosotros, esta es la posición de Vicente Dimitri en 1909, la de Nerio Rojas en 1913, la de Gervasio Coronel en 1919, la de Enrique Mouchet en 1923 y la de Aníbal Ponce en 1929. En todos los casos los asertos sobre el lenguaje<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las tesis que citamos pueden consultarse en la Biblioteca para Profesores y Profesionales de la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

– Vicente Dimitri, *La escritura en los alienados* (tesis), 1909, Buenos Aires.

– Nerio Rojas, *La literatura de los alienados* (tesis), 1913, Bs. Aires.

– Gervasio Coronel, *La escritura en los alienados* (tesis), 1919, Buenos Aires.

– Aníbal Ponce, *La gramática de los sentimientos*, Ed. Rosso, 1929, Bs. As.

– Enrique Mouchet, *El lenguaje interior y los trastornos de la palabra*, Ed. Biblioteca de Humanidades, 1923, Bs. As.

son tributarios de una teoría de la expresión de emociones: faltan en el paranoico, sobran en el melancólico, y son equilibradas en el lenguaje de los poetas. La grafología se encuentra bien en estos parajes, puesto que la lectura de lo escrito se hace según la regularidad de una caligrafía cuyo equilibrio es una “expresión” del hombre.

La observación permite comprender que un delirante, en una misma carilla, utiliza la letra de varias personas diferentes. Cualquiera pensaría que alguno podría recordar las identificaciones, pero nuestros autores encuentran una falla en la función sintética y unitiva de la voluntad. Enrique Mouchet, en su exhaustivo trabajo (*El lenguaje interior*, 1923) se refiere dos veces a Freud. En la primera puede leerse “Los lapsus linguae no son más que paráfrasis fisiológicas, que hacemos por distracción o porque nos traiciona, como lo quiere Freud, el psiquismo inconsciente. . .”. La segunda vez lo cita entre los esquematizadores, que al estudiar la afasia producen modelos y grafos que no corresponden a las zonas reales del cerebro.

El libro en su conjunto se vale de una extensa y actualizada bibliografía sobre el tema de la afasia. Mouchet conocía el trabajo de Freud sobre el tema (puesto que la alude, críticamente) y sin embargo no piensa encontrar allí nada interesante. Hay un detalle que importa: Freud es citado en una traducción francesa, y hasta podríamos decir que en ese momento es citado *por* esa traducción. Abundante escuela de Charcot, desplazamiento de la escuela de Wundt: entre los que empezaban a ser algo, Freud aun era bastante poco. No hay otra forma de comprender la despreocupación de Mouchet por la monografía de Freud sobre la afasia, que era considerada por los especialistas como una excelente reseña de las investigaciones del momento, con algunas sugerentes puntualizaciones propias.

Que el lenguaje se funda en lo inconsciente, que los grafos no correspondan a la anatomía del cerebro: se rechaza la *redtórica* del psicoanálisis (es decir, esa relación entre tópicos y producciones retóricas) que comienza por decir algo *del* lenguaje que no puede reducirse a la *señal* de una alteración que se manifiesta a *través* del lenguaje.

Oscar Masotta lo puntualiza en 1976: “La idea de una patología del lenguaje, probada en algunos dominios, acarrea si se la generaliza presupuestos más o menos masivos sobre el lenguaje y lo patológico; pero además arruina la novedad del descubrimiento freudiano (. . .) La historia, por ejemplo, no aparece como estructura patológica, cuya peculiaridad podría fijarse comparativamente mediante una búsqueda de las peculiaridades de sus manifestaciones en el habla histérica”<sup>2</sup>.

Supuestos –dice Masotta– sobre la patología y sobre el lenguaje; dobles supuestos que producen una doble impotencia.

En otro lugar mostraremos que estos supuestos hacen que Veron y Sluzki quieran renovar el concepto de automatismo mediante la *redundancia* de la teoría de la comunicación, definiendo la patología del lenguaje como una respuesta “fija” –por lo tanto, inadecuada– a una novedosa situación comunicativa<sup>3</sup>. Todo esto había sido criticado por Freud, en diversos momentos, al cuestionar las creencias que la escuela de Wundt sostenía, en relación con la producción de los sueños.

En todos los casos no se descifra un sujeto *del* lenguaje, sino que intenta deducirse un sujeto más allá del lenguaje que se expresa a través de las palabras: “La individualización

Oscar Masotta, *Aporte lacaniano al estudio del lenguaje y su patología*, Ensayos lacanianos, Ed. Anagrama, 1976, Madrid.

<sup>3</sup> E. Veron y C. Sluzki, *Comunicación y Neurosis*, Ed. del Instituto, 1970, Bs. As.

del simbolismo –escriben Gear y Liendo–, resultado del estilo en que el bebé y sus objetos primarios se comunicaron, partiría de esta base común. Ya en la posición depresiva, con la *utilización* de las palabras como representaciones simbólicas, el Yo asume la discontinuidad y relega el proceso primario al uso del código analógico, especular y continuo en sus operaciones simbólicas”<sup>4</sup>. El inconsciente hereda un código analógico surgido de las relaciones reales que produjeron “analogías corporales”.

El bebé y sus objetos primarios se encuentran más allá del lenguaje y se convierten en fundamento de los códigos analógicos: esto sirve a los autores para apelar a un fluido fantástico que se bautiza de afecto, vehículo material, analogía con aquello que la física puede describir como transmisión entre dos elementos, que remite al cuerpo médico: “Por esta última razón –escriben los autores– diferimos de J. Lacan y creemos coincidir en cambio con Freud en cuanto pensamos que el proceso de semiotización, normal o patológico, no se da sólo en el universo de las representaciones de objeto, sean éstas de cosas o de palabras, sino que también se da en el universo de los afectos”<sup>4</sup>. La física cuenta con sonidos, temperaturas, etcétera, para explicar la relación –sea de causa y efecto, sea cualquier otra– entre dos elementos. Cuando la psicología intenta adoptar este modelo, tiene que encontrar el equivalente de ese vehículo microfísico y entonces el afecto hará su entrada. Pero, como lo ha propuesto Gregorio Klimovsky, la tónica económica está en muchas operaciones metodológicas de Freud, sin que por eso sea el fundamento de las mismas. La defensa de los afectos es, en verdad, bastante afectiva: la postura de Lacan supone una pérdida de la formación médica, una pérdida del prestigio

<sup>4</sup> M. C. Gear y E. C. Liendo, *Semiología psicoanalítica*, Ed. Nueva Visión, 1974, Bs. As.

del explorador de cuerpos que realiza en el ensueño material una reducción del universo simbólico al misterioso *carne de mi carne*.

En la fisiología cartesiana el movimiento se explica por una mecánica de los fluidos, un “viento muy sutil” dirige desde el aparato neuromuscular el movimiento de los músculos. La mecánica borelliana llena la cabeza de los sabios del siglo XVIII de “vibraciones” que llegan a la conciencia sensible, como los movimientos de la red de su tela a la araña que se encuentra en su centro. En ciertos estados patológicos las vibraciones se convierten en tensiones.

Pero los enciclopedistas prefieren el fluido en lugar de las vibraciones: el *Tratado de las sensaciones* de Condillac se encuentra con intensidades que suben y bajan, exigiendo al sujeto orientar sus sentidos hacia las sensaciones agradables y alejarse de las desagradables. Los fluidos de la física son proyectados en el interior de la “estatua”, hay una “electricidad” de los cuerpos que circula por el sistema nervioso. A partir de 1800 se discute sobre fluidos galvánicos y fluido nervioso, las láminas del cerebelo se asimilan a una pila voltaica. Cuvier intenta reducir este fluido a una secreción de la sangre. Con esto es necesario explicar la “transmisión” de una excitación, de una idea, de una emoción, etcétera. Los estoicos conocían este fluido sutil bajo el nombre de neuma, y la astrología como vehículo de la influencia de los planetas sobre los hombres. D’Alambert, en el prólogo a la *Enciclopedia*, se maravilla del misterio del imán que quizá nunca pueda ser explicado.

Mesmer utilizó el imán como vehículo de curación; luego descubrió que podía transmitir este fluido por los movimientos de su cuerpo.

Aquí se encuentra el “afecto” ocupando el lugar del saber del chaman, y por lo mismo como un correlato del desconocimiento del fenómeno de la sugestión y su análisis

por la transferencia. Por eso Mesmer habla de una teoría imitativa, creyendo hacer una analogía con el magnetismo mineral que le impide saber sobre la identificación.

El fluido cósmico que regula el organismo humano tiene su microcosmos en los flujos y reflujos del fluido nervioso. Este agente universal sustituye los espíritus que antes podían armonizar o desbordar el equilibrio del alma.

A partir de Janet el fluido es sustituido –en una parte de la psicología– por la búsqueda de las leyes (mecánicas) que regulan los estímulos y las respuestas. Las investigaciones pasan del magnetismo a la hipnosis, como fenómeno experimental: si el magnetismo habla de la causa, la hipnosis es un estudio de ciertos efectos.

Cuando Freud renuncia a la hipnosis, pasa de los fluidos (incluyendo el afecto) a los *símbolos mnémicos* que provocan su representación imaginaria. La tópica económica muestra la representación imaginaria de ciertas operaciones del desco: el afecto –dice Freud– es una transformación del deseo inconsciente para convertirse en consciente. El problema deja de ser la energía (libido, afecto, etcétera) y pasa a ser la energética que permita articular “tópicas” (lugares) que organizan circuitos de representaciones. Si Lacan llega a la topología es porque en ese espacio poblado de neuma, espíritus y fluidos, se encuentran en realidad ciertas operaciones lógicas que sólo pueden descifrarse en un discurso. Esa libido (que al llamarse Eros designa la articulación del desco, el narcisismo y el otro) será entonces el goce de una materia, el cuerpo.

Luisa G. de Alvarez Toledo puede escribir en la actualidad una afirmación tan mesmerista como la siguiente: “El instinto no elaborado en afecto y en contenido, o separado de él, actúa independientemente sobre el inconsciente del analista que siente o bien el impulso (directamente la sensación, emoción) o bien la defensa contra él”<sup>5</sup>.

En la misma publicación Abadi nos habla de la comunicación a distancia: el lenguaje es mágico en relación con el mundo interno y antimágico en la función lógica de relacionar al sujeto con el mundo externo.

Al relacionar los trabajos sobre la afasia del siglo pasado y principios del presente con los de los psicoanalistas actuales, se comprueba la existencia de los mismos clichés y una diferencia que halaga poco la creencia de los autores en la “evolución” del conocimiento.

Hay que esperar los trabajos de Oscar Masotta, de Jorge Jinkis<sup>6</sup> o Juan Carlos Indart<sup>7</sup> para que el obstáculo sea interrogado desde la lingüística primero y desde la “lingüistería” de Lacan después. Antes de eso, bastaría leer los trabajos de cualquiera de nuestros lingüistas –incluso, la reflexión excepcional de Julio Rey Pastor sobre el tema– para apreciar la infatuación y el desconocimiento de aquello que los psicoanalistas propusieron sobre el lenguaje.

En la actualidad, como lo muestran los reiterados escritos de Liberman, el psicoanálisis médico busca en la teoría de la comunicación una doble convergencia con la psicología y con la psiquiatría.

Sin embargo, hay que reconocer que en el conjunto predomina el *bricolage*: la letra de Leclair, los actantes de Greimas, la semiología de Prieto, la psicología del lenguaje y psicolingüística, la estilística, y por encima de este sobreañadido “teórico” sobre una “técnica” bien *sentada*, el afectivismo de Green como apelación inefable al saber de la experiencia.

Volveremos al trabajo de Oscar Masotta, para puntualizar los nudos que prosiguen en la vertiente de Lacan lo

<sup>5</sup> M. Abadi y otros, *Lenguaje y psicoanálisis*, Ed. Rodolfo Alonso, 1973, Bs. As.

<sup>6</sup> Jorge Jinkis, *Una distinción tópica: El sujeto de la enunciación y el yo del discurso*, Cuadernos Sigmund Freud N° 1, 1971, Bs. As.

<sup>7</sup> J. C. Indart, *Lingüística y psicoanálisis*, ficha del C.D.I., 1975, Buenos Aires.

que es necesario llamar el retorno de Freud:

1. Partiendo del *chiste*, tal como es descripto por Freud en su relación con el inconsciente, aparece un campo cuyas articulaciones conducen hasta las recientes investigaciones de la lingüística y a la interrogación de lo que la constituye.

Significante/significado; enunciado/enunciación; metáfora/metonimia. Estos pares de oposiciones serán transformados por el valor de *pacto* que tiene la palabra, por la articulación del falo y la castración, por la relación entre la necesidad y la demanda.

2. Si el significante fue excluido, junto con el poeta, de la república de Platón, la unidad del signo pudo imperar hasta el retorno del mismo en el formalismo ruso.

A la vez y por otros caminos, Freud comienza a escuchar en el “lenguaje” los efectos de este significante.

3. Volver a la unidad del signo por el diálogo, la comunicación, el pensamiento, es lo que propondría el discurso universitario. Por su parte, el psicoanálisis expone que si el lenguaje es una condición del inconsciente, los procesos primarios serán una condición de la lingüística. Trieb (pulsión) desautoriza todo recurso a la Lengua como un código donde fuera posible deletrear la relación unívoca entre un signo y una cosa.

4. Junto con esto cae la idea del lenguaje como “instrumento” basado en una curiosa secuencia: a) el lenguaje es un instrumento de comunicación y de conocimiento; b) puede observarse que las lenguas naturales comunican mal y confunden el saber; c) es necesario hacer un lenguaje *bien hecho* que cumpla esta función. ¿Por qué no decir entonces que el lenguaje no es un instrumento de comunicación de conocimientos? Es lo que Freud plantea en *Tòtem y Tabú*: el lenguaje se produce por un goce que no implica el saber y la

comunicación, sino que por el contrario se descifra de una “omnipotencia del pensamiento”.

El psicoanálisis es una prolongación de la magia y una rectificación de la misma. El mago no es el analista, sino el analizante que paga el valor de *sus* palabras y no el “saber” de quien lo escucha, y algunas veces habla.